

Esa asesina negación...

En la historia del arte reciente siempre ha habido artistas que van por libre. Artistas independientes, al margen de las modas, cuya obra es difícil de adscribir a alguna escuela o movimiento artístico concreto. Son creadores de sólida personalidad, que, fieles a su arte no se dejan seducir por cantos de sirena ni deslumbrar por las tendencias artísticas del momento. Sin embargo, aun cuando estén situados en la frontera de la oficialidad (y quizás precisamente por eso), desarrollan un lenguaje personal y singular tan interesante como para que detengamos nuestra mirada en ellos y los consideremos artistas de la contemporaneidad, en ocasiones, de sorprendente calidad.

Este es el caso de Anto Chozas, pintor desde que su infantil memoria alcanza recordar, con un mundo artístico propio y original ajeno a lenguajes tecnológicos o tendencias conceptuales diversas, y que esconde una interesante lectura, más compleja de lo que a simple vista pueda sugerir. La pintura de Chozas, incansable, obsesiva y compulsiva, se ha construido entre otras cosas a partir de la ambigüedad, la contradicción y la repetición; por eso exige del espectador una aguda mirada, cómplice y atenta, capaz de traspasar lo superficial y desvelar las claves de su simbólico universo creativo. Nadar entre las aguas de lo figurativo y lo abstracto, convivir con lo matérico y lo fluido, deambular entre el trazo nervioso del dibujo y la enérgica mancha de color, debatirse entre el símbolo frente a la forma y cuestionar constantemente su identidad como artista y persona, son algunas de las constantes fundamentales para apreciar a fondo su pintura.

Imbuido en la entusiasta vuelta a la pintura de la década de los ochenta, Anto Chozas se acerca en esos años a lo figurativo – aunque siendo siempre muy gestual – para representar una porción de su vida personal y social como reflejo de sus primeras búsquedas. Gentes, botellas, sexo y obsesiones personales forman parte de esta etapa expresiva y expresionista. Un momento a caballo entre lo lúdico y lo trágico, un perfecto caldo de cultivo para sus iniciales sondeos artísticos que le llevarán por nuevos derroteros.

En los primeros años noventa surge un elemento intuido previamente y que marcará un antes y un después en su trayectoria. Chozas encuentra al toro, o mejor dicho, el toro encuentra a Chozas. Este animal de fuertes connotaciones simbólicas, poseedor de una racial belleza y arraigado en nuestra cultura desde Altamira será a partir de este momento un recurso autorreferencial en su pintura. El toro se convierte en el contradictorio protagonista de su obra, en la excusa para explorar los elementos de la pintura – colores vivos y fluidos, mezclas matéricas, soportes y técnicas varias - y en la puerta para abrir nuevos caminos en los que rastrear su personalidad artística y su poliédrica identidad.

El toro se repite de manera automática e impulsiva: puede aparecer totalmente desdibujado, a modo de nervioso garabato, o con contornos más legibles y definidos; en enormes dimensiones o en pequeño formato; solo o en serie; y en texturados lienzos, en traslúcido papel, en madera o metal, llegando a convertirse en un versátil modelo en manos del artista. De manera ambigua y apoyado en esta variedad de recursos formales, Chozas se apodera libremente de la identidad del toro hasta llevarla a sus propios límites. Por un lado, y como se puede ver en los grandes trípticos de esta exposición, el toro emerge solo para aparecer como animal que es, contundente y enérgico, a modo de gran mancha que quisiera arrancarse del cuadro y desprenderse de las manos del artista que lo creó. Por otro, el toro puede formar parte de series – como en los toraicos o las travesías del toro ausente – y su obsesiva repetición, en medio de otras referencias icónicas, le roba el significado a la imagen de manera que el animal finalmente queda reducido a un puro signo caligráfico, a un mero elemento abstracto. Tal vez sea una metáfora de la vida misma: la pugna de lo individual frente a lo colectivo. Existir por uno mismo o ser adocenado y negado por la masa que oculta nuestra identidad propia. Esa “asesina negación” que dice el mismo Chozas...

Este ambivalente juego de identidades es sin duda el espejo de la propia psique de nuestro artista que con el paso del tiempo ha sido vampirizado por su propia creación y de quien el toro se ha convertido en auténtico alter ego. En los últimos años, y como si tratara de despistar al espectador, el artista, irónicamente, se ha desdoblado y firma la obra con dos nombres

distintos: el de Chozas y el de Pedrero (su segundo apellido) y atribuye matices diferentes a cada uno de ellos. Los toros de Chozas, individuales o en serie, tienen colores más vivos y fluidos, los de Pedrero, con frecuencia en solitario, son matéricos y expresionistas. Dos mundos en uno: pura esquizofrenia. Y un paso más, el “auctoro”, que prescinde de la autoría del artista y pretende existir por sí solo. Toda una reflexión sobre el arte en sí mismo: de lo que es y puede ser un artista, de lo que es y puede llegar a ser una obra de arte.

Por todo esto, la exposición de toros que aquí se presenta, más que un canto al animal mítico – que también puede serlo – es la auténtica radiografía de una persona: la de un artista, la de sus búsquedas, sus inquietudes, sus dudas y sus logros. Para los que tenemos el placer de conocerle hace muchos años y hemos “madurado” rodeados de sus pinturas en su casa-estudio de Madrid – verdadero centro neurálgico de intensas reuniones, encuentros y fiestas – son además testigo y parte de nuestra vida. Son inseparables de él, son él mismo: Anto Chozas.

Laura Fernández Orgaz